

Nimios relatos cortos

Marta Paredes Andía



Capítulo 1

Desapercibida

Apenas quedaban unos minutos para la puesta de sol cuando el tímido sonido de un violín detuvo mis pasos al oír tan solo un par de compases. Recuerdo la melodía con la misma claridad con la que hoy escribo estas palabras. La sucesión de las notas era triste y dulce pero, a su vez, reconfortante. Cualquiera con un poco de prisa habría ignorado el llanto de las cuatro cuerdas. Cualquiera en su sano juicio habría corrido para no perder el autobús en lugar de quedarse quieto, sintiendo el calor de una fría melodía; no obstante, ya había aceptado que estaba muy lejos de ser cualquiera, por qué sucumbir entonces a lo que haría otra persona.

Atravesé despacio la Calle de la Medianoche hasta atisbar la fuente de la que emanaba la nana. No conocía a nadie que todavía recordase el lamento que narraba la canción, pero ahí estaba ella, tan frágil y fuerte, moviendo el arco hasta alcanzar una velocidad vertiginosa para luego descansar un par de segundos, coger aire y volver a la carga. Tenía los ojos cerrados, tocaba para acompañar al silencio, con las sombras de los edificios como único público. Fue al mirar de frente cuando me sorprendió aplaudiendo atónito una vez terminó la interpretación. Sin decir palabra alguna, inclinó la cabeza y con una ligera sonrisa se dio la vuelta para fundirse con la oscuridad de la noche.

Desde entonces estoy convencido de que cuando cae un árbol, aunque no haya alguien para escucharlo, no solo hace ruido, sino que es capaz de producir inenarrables melodías preparadas para doblegar hasta a la criatura más bárbara. Pues es cuando nadie se detiene, mira y escucha, el momento en el que la belleza oculta sale a relucir de la forma más simple, pura y poderosa que existe. El secreto reside en prestar un poco más de atención, pues en una realidad en la que todo va deprisa, a veces hay que frenar para poder apreciar la belleza que se esconde en mundo cualquiera.